

destierro en las condiciones de existencia más rudas y más anormales; escoged á los peores, á las más malas cabezas, á los más alborotados; buscad en su corazón, en lo más recóndito, en lo más profundo, y encontraréis á menudo en ese santuario el rostro arrugado y curtido de una viejecita: ¡su madre!

## XIII

El invierno ha llegado por cuarta vez.

Empiezan los días casi intolerables en que la atmósfera no tiene un suspiro y en que el cielo inmóvil y plomizo se refleja en un mar unido é inmovil donde se balancean numerosas familias de tiburones.

Todo á lo largo de la costa de Africa la monótona línea de arena toma bajo la reverberación del sol una blancura deslumbradora.

Han llegado los días de los grandes combates de la pesca.

De repente la superficie tersa y unida se riza sin causa apreciable en una extensión de varios cientos de metros.

Es un barco inmenso de fugitivos pescados, que vá á flor de agua, con toda la rapidez que pueden llevar sus millares de nadadores, ante la voracidad de un ejército de tiburones.

Estos son también los días preferidos por los ne-

gros que tienen canoas, para las grandes travesías y las carreras de velocidad.

En estos días en que parece que, para nuestras organizaciones europeas, el aire pesado no es respirable, la vida se nos escapa y todo movimiento nos es imposible; en estos días, si dormís en alguna barca del río, cubierta de mojadadas cortinas, á menudo, en medio de vuestro penoso sueño del medio día, seréis despertados por los gritos y los silbidos de los remeros, y por un gran ruido de agua fuertemente azotada con los remos.

Es una banda de piraguas que pasa. Una lucha furiosa bajo un sol de fuego.

Y toda la población está allí, agrupada en la playa.

Los espectadores excitan á los concurrentes con un gran griterío, y allá, lo mismo que en nuestros países, los vencedores son acogidos con palmadas y los vencidos con silbidos.

## XIV

Juan no estaba en el cuartel de los spahis más que el tiempo indispensable para el cumplimiento de su servicio, y aun en éste le reemplazaban muchas veces sus compañeros.

Sus jefes cerraban los ojos sobre estos arreglos que le permitían estar casi todo el día en su casa.

Todos le querían; el atractivo de inteligencia y hon-

radez que se desprendía de él, el encanto de su persona, de su voz y de sus maneras, habían ido ejerciendo poco á poco, sobre todos los ánimos, su poderosa influencia.

Juan había acabado, pues, á pesar de todo, por conquistarse la estimación general y por crearse una situación aparte que le proporcionaba cierta independencia y libertad. Había, encontrado en fin, el medio de ser un soldado puntual y un hombre libre.

## XV

Una tarde Juan fué llamado al cuartel.

Aquella tarde no tenía éste su aspecto acostumbrado de tristeza.

En el patio algunos grupos hablaban alegremente y por las escaleras se notaba gran movimiento de spahis que subían y bajaban corriendo como bajo la influencia de una gran alegría.

Algo nuevo debía ocurrir indudablemente.

—¡Gran noticia para tí Peyral—le gritó desde lejos Huller el Alsaciano.—Mañana partes para Argel! ¡Eres un hombre de suerte!

Habían llegado de Francia doce spahis nuevos en el vapor de Dakár, y doce de los más antiguos, entre los cuales estaba Juan, iban á partir para su patria.

En la tarde del siguiente día debían salir para Dakár.

En Dakár tomarían el paquebot francés con destino á Burdeos; de allí irían á Marsella por la línea del Mediodía (con las correspondientes dilaciones en el camino que permitirían ir á hacer una *escapada al país*), es decir, á aquellos que tenían *un país y un hogar*. Después, en Marsella, tomarían el paquebot de Argel, que es la ciudad preferida por los spahis... ¡y los últimos años de servicio pasarían como un sueño!

## XVI

Juan volvió á su casa siguiendo la orilla del río.

La noche clara y estrellada caía sobre el Senegal asfixiante, pesada, llena de calma y de luminosa transparencia.

Solo turbaba el silencio algún ligero ruido producido por el río, y á lo lejos el sonido del tambor tocando el *anamalis fobil* de la primavera, que Juan oía en aquel país por la cuarta vez y que estaba mezclado á los recuerdos de sus primeras y enervantes voluptuosidades del país negro, y que ahora venía á saludar su partida.

Los rayos de la luna, las hermosas estrellas que brillaban en el ancho horizonte, las hogueras encendi-

das en la ribera opuesta, en el pueblo de Sorr; todo esto, reflejándose en el agua.

Y el calor inmobilizado en el aire, el calor emanando del agua, de las forforescencias, de todas partes; la naturaleza, en fin, saturada de calor y de fósforo; una calma llena de misterio, una tranquila melancolía de todas las cosas en las orillas del Senegal.

.....

.....

Era cierta aquella grata é inexperada noticia.

Había visto escrito su nombre en la lista de los que iban á partir.

Al día siguiente por la noche bajaría por aquel río para no volver á subir jamás.

Aquella tarde no podía hacer nada para su partida por que las oficinas del cuartel estaban cerradas. Todos los preparativos, pues, quedaban para el día siguiente: no podía por el momento hacer otra cosa que pensar, reunir sus ideas, dejarse mecer por toda clase de ensueños; despedirse de todo en el país del desierto.

El pobre spahí sentíase turbado por impresiones diferentes.

Dentro de un mes quizá haría una rápida aparición en su pueblo, abrazaría á sus amados padres, vería á Juana transformada en mujer; entrevería todo esto al vuelo, como en un sueño!...

Esta era la idea dominante que venía de minuto

en minuto á trastornarle causando en su corazón una impresión tal, que le hacía latir más deprisa...

Y sin embargo, no estaba preparado para aquella entrevista, y todo género de tristes reflexiones se mezclaban á este gozo inesperado.

¿Qué dirían cuando le vieran aparecer al cabo de tres años sin haber ganado siquiera los modestos galones de sargento? ¿Cuando le vieran que no llevaba nada á nadie de su largo viaje, ni aún siquiera se había equipado para presentarse convenientemente en su pueblo!

No, no, aquel viaje era demasiado precipitado.

Es cierto que la idea de partir le entusiasmaba, pero era teniendo por delante algunos días.

Además, aquella Argelia que no conocía, no le decía nada.

¡Tener aún que ir á aclimatarse á otra parte!

Puesto que de todas maneras tenía que pasar lejos de su país aquellos años de su existencia lo mismo daba concluirlos allí mismo, á la orilla del gran río triste, pero cuya tristeza le era ya tan familiar.....

.....

¡Ay! el desgraciado amaba el Senegal; ahora lo notaba muy bien, estaba ligado á aquellos lugares por muchos lazos íntimos y misteriosos.

La idea de su vuelta le entusiasmaba pero no podía abandonar sin cierto sentimiento el país de la arena y la casa de Samba Hamet y aún aquella tris-

teza sombría y aún aquel exceso de calor y de luz.  
No estaba preparado para irse tan pronto.....

Los efluvios de cuanto le rodeaba habían ido poco á poco infiltrándose en sus venas y el pobre spahi se sentía retenido, ligado por lazos invisibles.

Las ideas acabaron por embrollarse en su turbada cabeza. Aquella libertad inesperada le dió miedo y sintió aquella noche triste y abrasadora en que por todas partes se aspiraban emanaciones sofocantes, influencias extrañas y misteriosas que libraban una terrible lucha en su alma.

Parecía que todos los poderes de la oscuridad y de la muerte luchaban contra los de la luz y la vida.

## XVII

Las marchas militares son bruscas.

Al día siguiente por la noche Juan, con todos sus bagajes empaquetados á escape, y sus papeles en regla, está apoyado en la barandilla de la cubierta de un navio que baja el río y fumando su cigarrillo, mira cómo se va alejando San Luis.

Fatou-Gayé está acurrucada á su lado con todos sus paños y todos sus grigris embalados muy de prisa en cuatro grandes calabazas.

Fatou ha estado dispuesta á la hora de partir.

Juan ha tenido que pagar su pasaje hasta Dakár con los últimos *kalts* de su sueldo.

Esta vez lo ha hecho de muy buena gana, feliz por darla gusto en este último capricho... y también quizá por conservar la algún tiempo más á su lado.

Las lágrimas de Fatou, que han sido copiosas, los gritos de *viuda* que ha lanzado, siguiendo el uso de su país, han sido sinceros y desgarradores.

Juan se ha conmovido hasta el fondo del alma al ver su desesperación y ha olvidado que Fatou era hipócrita, mentirosa y negra.

A medida que su corazón se abre al gozo de volver á su país, siente por Fatou más piedad y hasta algo de ternura. La lleva á Dakár con objeto de ganar tiempo para reflexionar lo que hará de ella.

## XVIII

Dakár es una especie de villa colonial hecha en la arena y en las rocas, un punto de desembarque para los paquebots en esa punta accidental del Africa que se llama el cabo Verde.

Fatou-Gayé ha sido provisionalmente instalada en una casa de mulatas.

La negrita ha declarado que no quería volver á San Luis.

Por ahora no tiene ningún proyecto; no sabe lo que va á ser de ella, ni Juan tampoco, pues por más que

ha imaginado y ha buscado no ha encontrado nada para ella... ¡y él no tiene dinero!

Son las nueve de la mañana y el paquebot que ha de llevar á los spahís debe partir dentro de algunas horas.

Fatou-Gayé está en la choza de los mulatos acurrucada junto á las cuatro calabazas que contienen su fortuna.

No dice nada, ni aun responde á las preguntas que la dirijen; está con los ojos fijos é inmóvil, presa de una desesperación sombría y profunda que no puede menos de causar compasión.

Juan en pié á su lado, atormenta su bigote y no sabe qué hacer.

De pronto la puerta se abre bruscamente y entra un spahí más ligero que el viento; conmovido, con los ojos animados y con aspecto de angustia y ansiedad.

Es Pedro Boyer que ha sido durante dos años compañero de Juan en San Luis y también vecino.

No se trataban porque ambos eran muy retraídos; pero se estimaban, y cuando Boyer partió para ir á servir á la guerra, se estrecharon las manos cordialmente.

Pedro Boyer descubrió su cabeza, murmurando rápidamente una excusa por haber entrado así, como un loco, y después se acercó á Juan y le cogió las manos con efusión.

—¡Oh, Peyral, Peyral!—dijo—te estoy buscando

desde antes que amaneciera... Escúchame un momento... Tengo que pedirte un gran favor.

»Fíjate primero en lo que vengo á pedirte y no te apresures á contestarme.

«Mañana debes ir á Argelia y yo debo partir con otros á la guerra.

»Allí hay que pasar tres meses y se gana el ascenso ó la medalla.

»Ambos estamos en las mismas condiciones, tenemos la misma edad. El tiempo que ha de pasar para tu regreso no se cambiaría en nada.. Peyral, Peyral, ¿quieres permutar conmigo?

Juan lo había adivinado todo desde los primeros momentos.

Sus ojos se abrieron sin fijarse en nada como dilatados por una tormenta interior.

Una multitud tumultuosa de pensamientos y de indecisiones se apoderó de él.

El jóven reflexionaba con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Fatou, que también había comprendido, se enderezó anhelante, esperando con ansia las frases que Juan iba á pronunciar.

El otro spahí continuaba hablando con volubilidad, como para no dejar á Juan que pronunciará aquel *no* que tanto temblaba oír.

—Escucha Peyral, harás un buen negocio, te lo aseguro.

—... ¿Y á los demás, Boyer?... ¿Has preguntado á las demás.

—Sí, y todos han rehusado cada uno tiene sus ranes; pero tú Peyral, tú, harías un buen negocio. El gobernador de Gorea se interesa por mí y te promete su protección si aceptas.

Y añadió mirando á Fatou.

—Desde luego he pensado en tí antes que en nadie, porque sé que amas este país... Cuando vuelvas de Gorea te mandarán á San Luis á terminar el tiempo del servicio. Se lo he pedido así al gobernador, y lo hará, te lo juro...

—Pero si no vamos á tener tiempo—interrumpió Juan que se sentía perdido y que no sabía donde encontrar fuerza para resistir.

—Sí...dijo Pedro Boyer, en cuyo rostro brillaba un rayo de esperanza.—Tenemos tiempo sobrado Peyral... Tu no tendrás que ocuparte de nada... Todo está arreglado por el gobernador, y los papeles dispuestos. Solo faltan tu consentimiento y tu firma y al instante voy otra vez á Gorea, vuelvo dentro de dos horas, y todo queda arreglado... Escucha Peyral... aquí tienes mis economías... trescientos francos, tuyos son... Con esto podrás ayudarte para tu instalación á tu regreso á San Luis...

—¡Oh gracias!—respondió vivamente Juan.—¡A mí no se me paga!...

Y volvió la cabeza haciendo un gesto desdeñoso.

Boyer que comprendió que había seguido un mal camino, le cogió la mano diciendo:

—¡No te enfades Peyral!

Y conservó aquella mano entre las suyas.

Así permanecieron ambos el uno enfrente del otro, ansiosos y sin decir una palabra.

Fatou comprendió que podría perderlo todo si pronunciaba una palabra...

Así es que se limitó á arrodillarse recitando una oración negra y enlazando con sus brazos las rodillas de Juan.

Este, que se sentía avergonzado de que su compañero presenciara aquella escena, la decía con aspereza.

—Vamos, Fatou-Gayé, haz el favor de dejarme en paz... ¿Te has vuelto loca, mujer?

Pero Pedro Boyer no encontraba ridículas semejantes manifestaciones, sino que por el contrario, se sentía muy conmovido al presenciarlas.

Un rayo de sol matinal, pasando por las rendijas de la puerta, iluminaba los rojos uniformes de los spahís y hacia resaltar sobre el fondo oscuro de la habitación sus hermosas y enérgicas cabezas, en las que se retrataba la ansiedad y la indecisión; haciendo brillar las pulseras de plata en los torneados brazos de Fatou, que se enroscaban como culebras á las rodillas de Juan; é iluminando la triste desnudez de aquella choza africana de boj y de cañizo

—... ¿Y á los demás, Boyer?... ¿Has preguntado á las demás.

—Sí, y todos han rehusado cada uno tiene sus razones; pero tú Peyral, tú, harías un buen negocio. El gobernador de Gorea se interesa por mí y te promete su protección si aceptas.

Y añadió mirando á Fatou.

—Desde luego he pensado en tí antes que en nadie, porque sé que amas este país... Cuando vuelvas de Gorea te mandarán á San Luis á terminar el tiempo del servicio. Se lo he pedido así al gobernador, y lo hará, te lo juro...

—Pero si no vamos á tener tiempo—interrumpió Juan que se sentía perdido y que no sabía donde encontrar fuerza para resistir.

—Sí...dijo Pedro Boyer, en cuyo rostro brillaba un rayo de esperanza.—Tenemos tiempo sobrado Peyral... Tu no tendrás que ocuparte de nada... Todo está arreglado por el gobernador, y los papeles dispuestos. Solo faltan tu consentimiento y tu firma y al instante voy otra vez á Gorea, vuelvo dentro de dos horas, y todo queda arreglado... Escucha Peyral... aquí tienes mis economías... trescientos francos, tuyos son... Con esto podrás ayudarte para tu instalación á tu regreso á San Luis...

—¡Oh gracias!—respondió vivamente Juan.—¡A mí no se me paga!...

Y volvió la cabeza haciendo un gesto desdeñoso.

Boyer que comprendió que había seguido un mal camino, le cogió la mano diciendo:

—¡No te enfades Peyral!

Y conservó aquella mano entre las suyas.

Así permanecieron ambos el uno enfrente del otro, ansiosos y sin decir una palabra.

Fatou comprendió que podría perderlo todo si pronunciaba una palabra...

Así es que se limitó á arrodillarse recitando una oración negra y enlazando con sus brazos las rodillas de Juan.

Este, que se sentía avergonzado de que su compañero presenciara aquella escena, la decía con aspereza.

—Vamos, Fatou-Gayé, haz el favor de dejarme en paz... ¿Te has vuelto loca, mujer?

Pero Pedro Boyer no encontraba ridículas semejantes manifestaciones, sino que por el contrario, se sentía muy conmovido al presenciarlas.

Un rayo de sol matinal, pasando por las rendijas de la puerta, iluminaba los rojos uniformes de los spahís y hacia resaltar sobre el fondo oscuro de la habitación sus hermosas y enérgicas cabezas, en las que se retrataba la ansiedad y la indecisión; haciendo brillar las pulseras de plata en los torneos de brazos de Fatou, que se enroscaban como culebras á las rodillas de Juan; é iluminando la triste desnudez de aquella choza africana de boj y de cañizo

donde aquellos tres seres jóvenes y abandonados, iban á decidir sus destinos.

—Peyral—continuó en voz baja el otro spahí, y con una entonación dulce y suplicante— Peyral, amigo mio, ya sabes que soy argelino y que en Bli-dah tengo á mis pobres padres, ya muy viejos, que me esperan y no tienen á nadie en el mundo más que á su hijo. ¡Figúrate la dicha que será para mí terminar el servicio en mi mismo país!.....

.....  
—¡Pues bien, sí!—dijo Juan echando hácia atrás su gorrilla roja y dando una fuerte patada en el suelo.—¡Sí... acepto... permuto... me quedo!.....

.....  
El spahí Boyer le estrechó en sus brazos con delirio.

Fatou-Gayé, siempre arrastrándose á los piés de su amante, lanzó un grito de triunfo. Ocultó su rostro contra las rodillas de Juan y temblorosa, jadeante, prorrumpió en una larga carcajada nerviosa, seguida de ahogados sollozos.....

## XIX

Era necesario apresurarse, y Pedro Boyer partió como había venido; es decir, como un rayo, llevando á Gorea el precioso papel en que el pobre Juan ha-

bía estampado su gruesa firma de soldado, bien correcta y bien legible por cierto.

A última hora; y gracias á la actividad de Pedro Boyer, todo estuvo arreglado; los bagajes trasportados y la sustitución operada.

Todo esto había pasado tan deprisa que apenas los dos spahís habían tenido tiempo de pensarlo.

A las tres en punto el paquebot se puso en marcha llevándose á los spahís y con ellos á Pedro Boyer.

¡Y Juan se quedó!.....

## XX

Pero cuando todo hubo concluido irrevocablemente y el infeliz se encontró solo en la playa, viendo aquel navío que se iba; una desesperación terrible, loca, se apoderó de él.

Vió con angustia lo que acababa de hacer y sintió rabia, rabia contra Fatou Gayé y horror por su presencia .. Sintió como una necesidad de arrojarla lejos de él, y al mismo tiempo que despertaba en su alma un amor inmenso y profundo por su hogar querido y por los seres bien amados que le esperaban en él y á los que quizá no volvería á ver ya nunca.

Le parecía que acababa de firmar un pacto de muerte con aquel país maldito.

Entonces emprendió una carrera loca, desesperada.

sin saber á donde iba... Quería respirar otro aire, estar solo, y sobre todo seguir con sus ojos á aquel navío todo el tiempo que le fuese posible.....

Aún estaba el sol alto y abrasador cuando Juan partió tras el navío.

Aquellas esplanadas desiertas, resplandecientes de luz, presentaban una imponente majestad.

El spahi siguió toda la costa salvaje saltando de roca en roca.

Un fuerte vendabal azotaba su cabeza y agitaba á sus piés aquel mar, en que el navío huía siempre.

No sentía que el sol le abrasaba; pues estaba completamente trastornado.

¡Ligado aún dos años más á aquel país, cuando pudiera haber estado ahora en el mar en camino de su aldea querida!...

¡Qué influencias misteriosas, que sortilegios, que amuletos le habían retenido allí, Dios santo!

¡Dos años interminables aún! ¡Oh! aquella situación no iba á terminar nunca!

¿Abría realmente un término, un fin para aquel destierro maldito?...

Y el infeliz seguía corriendo hacia el norte en la misma dirección que el navío para no perderle aun de vista.

Su traje se desgarraba en los espinos y á su paso iba levantando una gran turba de saltamontes que

subía hasta su pecho y que él iba separando con las manos sin darse cuenta de lo que hacía.....

Por fin se encontró muy lejos, solo, en medio de la áspera campiña del cabo Verde silenciosa y sombría.

Hacia rato que venía contemplando desde lejos un gran árbol aislado, mayor aún que los baobabs y cuya enorme copa estaba vestida por un espeso y oscuro follaje. Resultaba aquel árbol un conjunto tan inmenso, que recordaba uno de esos gigantes de la flora del antiguo mundo, olvidado y respetado allí por los siglos.

Juan se dejó caer allí fatigado, bajo aquel gran monstruo de sombra, y bajando la cabeza se echó á llorar.....

Cuando se levantó, el navío había desaparecido, y el día declinaba.

¡El crepúsculo! ¡La tristeza más tranquila y más fría!

Visto á aquella hora, el enorme árbol formaba una masa completamente negra en medio de la soledad inmensa del Africa.

Delante de él, á lo lejos, el inmenso espejo de un mar tranquilo. A sus piés las desigualdades de las malezas, y hasta el gran cabo Verde monótonas esplanadas de terrenos cortadas por bancos de arena regulares y sin vegetación, triste paisaje de un aspecto desconsolador.

Por detrás, del lado del interior, hasta perderse de vista, los misteriosos pliegues formados por las bajas colinas y las siluetas de baobats semejantes á sombras de madreporas.

Ni un soplo movía la pesada atmósfera. El sol, ya muy bajo, se ocultaba entre ardientes vapores y su amarillento disco aparecía agrandado y deformado por la refracción.

Por todas partes las daturas abren á la frescura de noche sus grandes y blancos cálices, exhalando un perfume penetrante y embriagador que trastorna. El aire está cargado del aroma insano de la belladona.

Las mariposas nocturnas van libando las flores envenenadas y entre las altas hierbas se oye el quejumbroso arrullo de las tórtolas.

La tierra africana parece envuelta en vapores mortales.

El horizonte es ya vago y sombrío.

Allá abajo están los misteriosos países que hacían soñar á Juan en otro tiempo. En cambio ahora ni Podor, ni Medinas, ni la tierra de Galam, ni la misteriosa Tambunetou... nada le inspira ya curiosidad.

Conoce ó adivina todas las tristeszas, todos los misterios que aquellos pueblos pueden encerrar y su pensamiento ahora está muy lejos de todo aquel país que le ahoga y le espanta.

Solo desea despertar de su horrible pesadilla y alejarse de allí, abandonar cuanto antes aquellos

lugares malditos.....

Algunos pastores africanos de aspecto feroz van conduciendo hacia los pueblos sus rebaños de bisontes.

Aquella imágen del sol que la Biblia hubiese llamado *signo del cielo*, desaparecía lentamente como pálido meteoro.

La noche extendió su manto... Todo se oscureció en un vapor malsano y el silencio se hizo profundo.

Entonces Juan pensó en su choza, en su anciana madre y en su prometida...

Le pareció que todo había concluído entre él y ellos... que había muerto y que no volvería á verlos ya nunca.....

## XXI

La suerte estaba echada y era preciso seguirla.

Dos días después Juan se embarcó en el puesto de su amigo en un navío de la marina de guerra para el lejano puesto de Gadiangue. Enviaban allí alguna gente y municiones para reforzar aquel puesto perdido en la soledad.

En los alrededores, las cosas se embrollaban, las caravanas no podían transitar; había luchas entre los

pueblos negros y sus caciques. Se creía que aquella situación había de terminar con la temporada de invierno; tres ó cuatro meses después, á la vuelta, según la promesa hecha á Boyer por el gobernador de la Gorea, Juan podría volver á San Luis y terminar allí sus años de servicio.

En el pequeño navio que conducía á nuestro spahí iba hacinada mucha gente.

Fatou había conseguido que la admitieran entre los pasajeros á fuerza de persistencia y de picardía, haciéndose pasar por la mujer de un *tirador negro*.

Iban unos diez spahís que el gobernador de la Gorea enviaba allí para acampar durante aquella estación en aquel destierro; y además veinte tiradores indígenas que llevaban con ellos á sus familias.

Estas familias eran dignas de estudio y se componían de las mujeres y de los hijos que tenía cada uno. Las provisiones que llevaban para su alimentación consistía en harina de trigo, que iba cuidadosamente guardada en calabazas; después las ropas y enseres, todo en calabazas, los amuletos y toda clase de animales domésticos.

Cuando el barco se puso en marcha parecía imposible que aquel barullo pudiera calmarse y que pudieran colocarse tanta gente y tantas cosas.

Pero después de una hora de camino, todo estaba perfectamente ordenado y reinaba la más profunda calma.

Las negras dormían en el puente, echadas en el suelo y envueltas en sus paños, tan apretadas entre sí y tan quietas, como las sardinas en una lata de conservas.

Entre tanto el navio se deslizaba tranquilamente hacia el Sur internándose poco á poco en regiones cada vez más cálidas y más azules.

## XXII

Figuraos una noche de calma en medio del mar ecuatorial.

Un silencio absoluto en el que se percibe claramente hasta el roce que produce el batir de las velas movidas por el viento.

Una pesada torpeza de las cosas, por decirlo así, y en la atmósfera la extraña inmovilidad del sueño de un mundo.

Un inmenso espejo reflejando una noche de clara transparencia; un mar lleno de claridades fosforescentes.

Parecen el mar y el cielo dos espejos que se miran y se reflejan mutuamente, uno y otro sin fin.

Parece que se está en el vacío, que no hay horizonte, pues á lo lejos el cielo y las aguas se mezclan, se confunden en profundidades cósmicas, vagas, infinitas...

Y la luna allí, muy baja, como un gran círculo de

fuego sin rayos, suspendida en medio de un mundo de vapores.

En las primeras edades geológicas *antes que el día fuese separado de las tinieblas*, las cosas debían presentar un aspecto semejante. La calma, antes de la creacción debía aparecer con aquella inmovilidad que no hay palabras con qué expresar; en la época en que los mundos no estaban aún condensados, en que la luz estaba en el aire, difusa é indefinida, en que las nubes suspendidas eran hierro y plomo increado, y en que toda la eterna materia estaba vaporizada por el intenso calor de los cáos primitivos..

.....

## XXIII

Hace tres días que estaban en camino.

A la salida del sol todo aparece envuelto en deslumbradoras tintas de oro.

A la salida del sol del cuarto día aparece en el Este una gran línea verde; de un verde dorado al principio, pero después de un verde tan inverosímil y tan verde, tan verde... que parece una de esas pinturas chinas tan finas y tan preciosas.

Aquella línea es la costa de Guinea.

Al llegar al Diakhalleme el navío que lleva á los spahís se dirige á la embocadura del ancho río.

El país es allí tan llano como en el Senegal; pero

la naturaleza es diferente. En aquella región ya no caen nunca las hojas.

Por todas partes se admira una vegetación sorprendente, una frondosidad ecuatorial de un verde esmeralda que parece la eterna juventud; de uno de esos verdes que los árboles de nuestros países no logran ostentar jamás, ni aún en lo más espléndido de la primavera.

Visto de lejos parece aquello un bosque sin fin, en una inmensa llanura, reflejándose en las aguas muertas y tibias, pero es un bosque insano, en cuyo húmedo suelo hormiguean sin cesar los reptiles.

## XXIV

Y sin embargo, aquel país era también triste y silencioso, aquella exuberante naturaleza ofendía á la vista acostumbrada á las arenas del desierto.

En el pueblo de Poupoubal, el navío se detuvo, no pudiendo navegar más en el río.

Los pasajeros desembarcaron para esperar las canoas ó piraguas que debían conducirlos á su destino.

## XXV

Una noche de Julio, á las nueve, Juan entró con Fatou y los spahís de la Gorea en una canoa, con